

hemos de creer los relatos de Mr. Low, el cocinero negro de un barco pescador les causó una sorpresa muchísimo mayor; se reunían tantos alrededor de aquel pobre muchacho que no consintió en adelante saltar nunca á tierra. Marchaba todo tan bien, que no dudaba yo en dar largos paseos, en compañía de algunos oficiales, por aquellas colinas y bosques circunvecinos. Sin embargo, el día 27 desaparecieron de improviso todas las mujeres y todos los niños. Tal desaparición nos produjo mayor inquietud por cuanto ni York, ni Jemmy pudieron decirnos la causa. Unos creían que la noche anterior habíamos asustado á los salvajes limpiando y descargando los fusiles; otros opinaban que todo dependía de que un salvaje viejo se había creído insultado porque un centinela le había impedido el paso; bien es verdad que el salvaje había escupido tranquilamente á la cara al centinela; demostrando por los gestos que después hizo junto á un camarada suyo, dormido, que le hubiera cortado con gusto la cabeza y se lo hubiese comido. Para evitar el peligro de una batalla que no hubiese dejado de ser fatal á tantos salvajes, pensó el capitán Fitz-Roy que lo mejor sería pasar la noche en una ansa inmediata. Matthews, con su valor sereno, tan natural en él, á pesar de que no parecía tener un carácter muy enérgico, resolvió quedarse con los fueguenses, que decían que no tenían nada que temer por sí mismos; y los dejamos en su aislamiento para pasar allí la primera noche.

Al siguiente día, 28, supimos felizmente, al volver, que había reinado la tranquilidad más perfecta; los salvajes se ocupaban, cuando llegamos, en pescar desde sus canoas. Se decidió el capitán á que regresaran al barco dos de nuestras lanchas y á ir con las

otras dos á explorar las partes occidentales del canal del *Beagle*, y se propuso visitar á la vuelta el establecimiento que acababa de fundar. Toma el mando directo de uno de los botes, en el que tuvo la bondad de permitirme que le acompañase, y confía el del otro á Mr. Hammond. Salimos, y con gran sorpresa nuestra observamos un calor extraordinario, tanto que nos angustia. Con este admirable tiempo la vista que presenta el canal es hermosísima. Delante y detrás de nosotros se extiende esta sábana de agua encajada entre las montañas que se confunden en el horizonte. La presencia de varias ballenas inmensas proyectando agua en diferentes direcciones probaba, sin género de duda, que nos encontrábamos en un brazo de mar. Entonces tuve ocasión de ver dos de estos monstruos, probablemente macho y hembra, jugar contra las piedras de la costa cubierta de árboles, cuyas ramas se bañaban en el agua.

Continuamos nuestra navegación hasta la noche y plantamos luego nuestras tiendas en un ancón muy tranquilo. Nos consideramos muy felices al lograr un lecho de guijarros donde poder tender nuestras mantas. Los guijarros están secos y toman la forma del cuerpo, mientras que los terrenos turbosos son húmedos y la roca está dura y rugosa y la arena se mete por todas partes; pero cuando puede uno envolverse bien en mantas y se encuentra un buen lecho de guijarros se pasa una noche muy agradable.

Estaba yo de guardia hasta la una. En estas escenas hay algo de muy solemne; y en ninguna otra ocasión se comprende con tanta claridad el alejado rincón del mundo en que uno se encuentra. Todo tiende á producir este efecto; sólo el ronquido de los marineros bajo las tiendas, ó el grito de un pájaro nocturno

interrumpe el silencio de la noche. A veces también el ladrido de un perro que se oye á gran distancia recuerda que se está en un país habitado por salvajes.

29 de Enero.—Llegamos por la mañana al punto en que el canal del *Beagle* se divide en dos brazos y penetramos en el brazo septentrional; el paisaje se hace más imponente todavía que antes: las altas montañas que lo cierran por el Norte constituyen el eje granítico ó espina dorsal del país, y se elevan á 3.000 y 4.000 pies de altura, habiendo un pico que alcanza 6.000 pies. Un manto de nieves perpetuas de deslumbradora blancura cubre los vértices de estas montañas, y numerosas cascadas, que serpentean brillantes á través de los bosques, vienen á verterse en el canal. En muchos puntos se extienden á lo largo de la falda de las montañas magníficos ventisqueros que llegan hasta la orilla misma de las aguas. Es imposible imaginar nada más hermoso que el admirable color azul de estos ventisqueros, sobre todo por el contraste extraño que hacen con el blanco mate de la nieve que los corona. Los fragmentos que constantemente se desprenden de estos ventisqueros flotan por todas partes, y el canal con sus montañas de hielo parece, en el espacio de una milla, un mar polar en miniatura. Habíamos encallado las lanchas en la costa para comer tranquilamente; no dejábamos de admirar un cantil perpendicular de hielo situado como á media milla de nosotros, deseando ver caer algunos fragmentos. De repente se desprende una masa con un ruido terrible é inmediatamente vemos una ola enorme que se echa sobre nosotros. Lánzanse los marineros hacia las embarcaciones, que corrian inminentísimo peligro de ser hechas pedazos; uno de ellos pudo agarrarlos por delante en el momento en que la ola se

precipitaba y rompía en ellos; la ola le arrastró y le hizo rodar, pero sin herirle por fortuna, y aun los botes chocaron tres veces entre sí, no experimentando ninguna avería.

Gran fortuna fué esta para nosotros; porque nos encontrábamos á 100 millas (161 kilómetros) del *Beagle* y nos hubiésemos quedado sin provisiones y sin armas de fuego. Había yo observado antes que varios grandes trozos de rocas tenían señales de haber sido recientemente transportados, y no podía explicarme estos cambios del lugar hasta que vi la ola de que he hablado. Una de las costas del puertecillo en que nos hallábamos está formada por un tajamar de micasquisto; el fondo por un acantilado de hielo de unos 40 pies de altura, y la otra por un promontorio de 50 pies de elevación, compuestos de inmensos cantos rodados de granito y de micasquisto, sobre el cual crecen árboles muy viejos. Este promontorio era evidentemente un montón acumulado de una época en que el ventisquero tenía dimensiones mucho mayores.

Llegados á la embocadura occidental del brazo septentrional del canal del *Beagle*, navegamos con un tiempo horrible entre varias islas desconocidas y desiertas. Es en casi todas partes tan escarpada la costa, que hemos tenido que recorrer muchas millas para encontrar un espacio bastante ancho donde colocar nuestras tiendas; hasta hemos tenido una vez que pasar la noche en un bloque de piedra rodeado de plantas marinas en putrefacción, y al subir la marea nos hemos visto obligados á buscar un punto más alto para no mojarnos. El punto extremo de nuestro viaje hacia el Oeste es la isla Stewart y nos encontramos á la sazón á unas 150 millas (240 kilómetros) del *Beagle*. Para

volver seguimos el brazo meridional y llegamos sin accidente al estrecho de Ponsonby.

6 de Febrero.—Hemos llegado á Woollya, y se queja tanto Matthews de la conducta de los fueguenses, que el capitán se decide á volverlo á bordo del *Beagle*; más tarde lo dejamos en Nueva-Zelanda, donde su hermano era misionero. En cuanto nos separamos comenzaron los indígenas á despojarlo de todo lo que tenía; todos los días llegaban nuevos grupos de fueguenses; York y Jemmy habían perdido muchas cosas y Matthews todo lo que no había tenido la precaución de enterrar. Se creía que los indígenas habían roto ó desgarrado todo cuanto habían cogido, distribuyéndose los pedazos. Matthews estaba destrozado de cansancio; de día y de noche le rodeaban los indígenas, haciendo, para que no durmiese, un ruido horrible junto á su cabeza. Un día le mandó á un viejo que se marchase de su choza, pero volvió á poco con una piedra tremenda en la mano. Otro día acudió un pelotón armado de piedras y palos y Matthews tuvo que aplacarlos á fuerza de regalos. Otros quisieron despojarle de las ropas y pelarlo enteramente. Creo que llegamos á tiempo justo de salvarle la vida. Los parientes de Jemmy habían sido lo bastante vanos y lo bastante locos para enseñarles á sus vecinos de otras tribus todo lo que habían adquirido y para decirles cómo se lo habían proporcionado. Bien triste era tener que dejar á nuestros tres fueguenses en medio de sus salvajes compatriotas, pero como ellos no sentían ningún temor, este pensamiento nos servía de gran consuelo. York, hombre fuerte y resuelto, estaba casi seguro de salir sano y salvo, lo mismo que Fuegía, su mujer, de las emboscadas que pudieran tenderle. El pobre Jemmy parecía desolado y creo que se habría considerado

muy dichoso de volverse entonces con nosotros. Su hermano le había robado muchas cosas, y para emplear sus mismas palabras: «¿Cómo llaman ustedes á esto?», se burlaba de sus compatriotas: «No saben nada», decía, en contraposición á todas sus costumbres de otras veces, y los trataba de abominables cochinos. Por más que no hayan pasado sino tres años con hombres civilizados, no dudo de que nuestros tres fueguenses hubieran sido muchos más felices conservando nuestras costumbres, pero no era posible; hasta temo mucho que su visita á Europa no les haya sido perjudicial.

Por la tarde nos hicimos á la vela para regresar al *Beagle*, y esta vez, no por el canal, sino bordeando la costa meridional. Nuestros barcos estaban muy cargados y la mar de leva, por lo cual no dejó de ofrecer peligros el pasaje. El 7 por la tarde, reingresamos á bordo de nuestro buque, después de una ausencia de veinte días; habiendo recorrido durante este tiempo 300 millas (480 kilómetros) en barcos descubiertos. El 11 volvió el capitán Fitz-Roy á hacer una visita á nuestros fueguenses, encontrándoles en cabal salud: no habían perdido más que algunos artículos desde nuestra partida.

A fines de Febrero del siguiente año (1834), el *Beagle* echó el ancla en una pequeña y encantadora bahía, á la entrada oriental del canal del *Beagle*. El capitán Fitz-Roy se decidió á intentar el medio de evitar un gran rodeo, haciendo pasar su barco por el mismo camino que habían seguido las lanchas el año anterior para llegar á Woollya. Era esta una atrevida maniobra con los vientos del Oeste que entonces soplaban, pero fué coronada por el éxito. No vimos muchos indígenas hasta las cercanías del estrecho de

Ponsonby; pero allí nos siguieron diez ó doce canoas. Los fueguenses no comprendían absolutamente la razón de las bordadas que corríamos, y en lugar de alcanzarnos en cada una, trataban, en vano, de seguir nuestros zig-zags. No dejaba yo de observar con interés que la certeza de no tener nada que temer de los salvajes, modifica grandemente las relaciones que con ellos se tienen. El año anterior, cuando no teníamos más que ligeras embarcaciones, había yo llegado á odiar hasta el eco de sus voces, tanto nos fastidiaban. La única palabra que oíamos entonces, era *yammerschooner*. Entrábamos en una bahía retirada, donde esperábamos pasar una noche tranquila, y de repente resonaba en nuestros oídos esta palabra odiosa, saliendo de cualquier rincón oscuro que no habíamos advertido; después una señal de fuego avisaba la noticia de nuestro paso. Al abandonar cada punto nos felicitábamos mutuamente y nos decíamos: «¡Gracias á Dios que al fin hemos dejado á estos salvajes atrás!» Un grito penetrante, lanzado desde enorme distancia, llegaba de improviso hasta nosotros, grito en el cual podíamos distinguir sin esfuerzo el odiado *yammerschooner*. Hoy, por el contrario, mientras más fueguenses había, más nos divertíamos. Hombres civilizados y salvajes, todos reíamos, nos mirábamos y nos admirábamos. Les mirábamos con piedad, porque nos daban buenos peces y excelentes langostas, á cambio de guñapos de cualquier clase; ellos aprovechaban la ocasión rarísima que les proporcionaban gentes tan locas que cambiaban ornamentos tan espléndidos por una comida. La sonrisa de satisfacción con que una joven de cara pintada de negro ataba con juncos varios pedazos de tela encarnada alrededor de su cabeza nos divertía extraordina-

riamente. Su marido, que gozaba del privilegio universal en este país de tener dos mujeres, llegó á estar celoso de las atenciones que teníamos con la más joven, por lo cual, después de una breve consulta con sus desnudas beldades les ordenó forzar los remos para alejarse.

La mayor parte de los fueguenses tienen en verdad nociones de cambio. Daba yo á un hombre un clavo grueso, regalo muy apreciable en este país, sin pedirle nada en cambio, y él escogía inmediatamente dos peces que me enviaba en el pico de su lanza. Si un presente destinado á una canoa caía cerca de otra, se le entregaba en el acto á su legítimo poseedor. La joven fueguense que Mr. Low llevaba á bordo se encendía en cólera cuando se la llamaba embustera; lo que prueba que comprendía el alcance del insulto que se le dirigía. Esta vez, como todas, nos ha sorprendido en extremo que los salvajes paren muy poco ó nada la atención en muchas cosas cuya utilidad debían comprender. Cosas muy sencillas, tales como la belleza de las telas rojas ó la de los vidrios azules; la falta de mujeres entre nosotros, el cuidado que poníamos en lavarnos, excitaban mucho más su admiración que un objeto grandioso ó complicado, nuestro barco, por ejemplo. Bougainville observa con razón, hablando de estos pueblos, que tratan «las obras maestras de la industria humana como las leyes de la naturaleza y sus fenómenos».

El 5 de marzo echamos el ancla en la bahía de Woollya, pero no encontramos allí á nadie. Nos alarmó esto tanto más, cuanto que creímos comprender por los gestos de los indígenas del estrecho de Ponsonby que había habido batalla. Más tarde hemos sabido que los terribles Oeus habían hecho una incur-

sión. Sin embargo, muy pronto se aproximó á nosotros una canoita, con una banderita en la proa y vimos que uno de los hombres que la tripulaban se lavaba la cara á grandes garfadas para quitarse la pintura; aquel hombre era nuestro pobre Jemmy, ya hoy hecho un salvaje flaco, hurafío con la cabellera en desorden y todo desnudo á excepción de un pedazo de tela alrededor de la cintura. No le conocimos hasta que estuvo á nuestro lado, porque estaba muy vergonzoso y volvía la espalda al barco. Le habíamos dejado gordo, limpio, bien vestido; no he visto nunca cambio más completo, ni más triste. Pero en cuanto se vistió, en cuanto desapareció el primer aturdimiento volvió á ser lo que era. Come con el capitán Fitz-Roy y lo hace con la pulcritud de otros tiempos. Nos dice que tiene *demasiado*, quiere decir *bastante* que comer, y que no tiene frío, que sus parientes son gente brava y que no quiere volver á Inglaterra. Por la tarde descubrimos la causa de aquel gran cambio en las ideas de Jemmy: llega al barco su joven y linda mujer. Siempre agradecida, llevaba dos magníficas pieles de nutria para sus mejores amigos y puntas de lanza y flechas fabricadas por ella misma para el capitán. Nos dijo que ella había construido su canoa y se vanagloria de poder hablar un poco ¡su lengua materna!

Y, cosa extraña, ha enseñado algunas palabras inglesas á toda su tribu. Jemmy ha perdido todo lo que le dejamos. Nos contó que York Minster había construido una gran canoa y que acompañado de Fuegia, su mujer, había vuelto hacia algunos meses á su país despidiéndose de Jemmy con una gran traición: persuadió á su madre y á él de que la acompañaran á su país y una noche los abandonó robándoles todo lo que tenían.

Jemmy se fué á acostar á tierra, pero volvió á la mañana siguiente y permaneció á bordo hasta el momento en que se dió á la vela el buque, lo que horroizó á su mujer que no cesó de gritar hasta que volvió á su canoa. Salió cargado con una porción de objetos de gran valor para él. Todos sentimos alguna pena al pensar que estrechábamos su mano por última vez. No dudo que hoy será tan feliz, ó más quizá que si no hubiese salido nunca de su país. Todos debemos desear sinceramente que la noble esperanza del capitán Fitz-Roy se realice y que en gratitud á los numerosos sacrificios que por estos fueguenses ha hecho, algún marinero náufrago reciba auxilio y protección de los descendientes de Jemmy Button y de su tribu. Tan pronto como Jemmy puso el pie en tierra encendió una hoguera en señal de última despedida, mientras que nuestro barco proseguía su ruta hacia alta mar.

La perfecta igualdad que reina entre los individuos que componen las tribus fueguenses retrasará por mucho tiempo su civilización. Sucede á las razas humanas lo mismo que á los animales, á quienes el instinto impulsa á vivir en sociedad; son más á propósito para el progreso cuando obedecen á un jefe. Sea ello una causa ó un efecto, los pueblos más civilizados tienen siempre el gobierno más artificial. Los habitantes de Otahiti, por ejemplo, estaban gobernados por monarcas hereditarios en la época de su descubrimiento y habían adquirido mayor grado de civilización que otra rama del mismo pueblo, los neo-zenlandeses, que, aun cuando hayan hecho grandes progresos porque se les obligó á ocuparse de agricultura, eran republicanos en el más absoluto sentido de la palabra. Parece imposible que el estado político de la Tierra del Fuego pueda mejorarse mientras no surja un jefe cualquiera

armado de poder bastante para asegurar la posesión de los progresos adquiridos; el dominio de los animales, por ejemplo. En la actualidad, si se le da á uno de ellos una pieza de tela, la rasga en pedazos y cada uno toma su parte: ningún individuo puede ser más rico que su vecino. Por otra parte, es difícil que surja un jefe en tanto que estas tribus no hayan adquirido la idea de la propiedad, idea que les permitirá manifestar su superioridad y acrecentar su poder.

Creo que el hombre en esta parte extrema de América del Sud está más degradado que en ninguna otra parte del mundo. Comparadas con los fueguenses, las dos razas de insulares del mar del Sur que habitan el Pacífico son civilizadas. El esquimal en sus cuevas subterráneas goza de algunas de las comodidades de la vida, y cuando va en su canoa muestra gran habilidad. Algunas de las tribus del Africa meridional que se alimentan de raíces y que viven en medio de llanuras silvestres y áridas son sin duda muy miserables. El australiano se asemeja al fueguense por la sencillez de las artes de la vida; pero puede alardear, sin embargo, de su *boomerang*, de su lanza, de su bastón de arrojó, de su manera de subir á los árboles, de las astucias que emplea para cazar los animales silvestres. Por más que el australiano sea superior al fueguense bajo el punto de vista de los progresos realizados, no se sigue de aquí en modo alguno que le sea tan superior en capacidad mental. Me atrevo á creer, por el contrario, después de lo que he visto de los fueguenses á bordo del *Beagle* y de lo que he leído acerca de los australianos, que se acerca más á la verdad la opinión opuesta.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO DEL AUTOR.....	5
SUGUN O PRÓLOGO.....	8
CAPÍTULO PRIMERO.—Porto-Praya.—Ribeira-Grande.—Polvo atmosférico con infusorios.—Costumbres de un limaco marino y de un pulpo.—Peñas de San Pablo; no son de origen volcánico.—Extrañas incrustaciones.—Los insectos son los primeros colonos de las islas.—Fernando Noronha.—Bahía.—Peñascos pulimentados.—Costumbres de un <i>Diodon</i> .—Confervas é infusorios marinos.—Causas del color del mar.....	11
CAP. II.—Rio Janeiro.—Excursión al Norte del Cabo Frío.—Gran evaporación.—Esclavitud.—Bahía de Batafogo.—Planarias terrestres.—Nubes sobre el Corcovado.—Lluvia torrencial.—Ranas cantoras.—Insectos fosforescentes.—Fuerza de salto de un escarabajo.—Nebia azul.—Ruido producido por una mariposa.—Entomología.—Hormigas.—Avispa que mata á una araña.—Araña parásita.—Artificios de una <i>Epeira</i> .—Arañas que viven en sociedad.—Araña que fabrica una tela no simétrica....	37
CAP. III.—Montevideo.—Maldonado.—Excursión al río Polanco.—Lazos y bolas.—Perdices.—Carencia de árboles.—Gamos.— <i>Capybara</i> , ó cardo de río.—Tucutuco.— <i>Molothrus</i> , costumbres parecidas á las de cuclillo.—Papasoscas.—Aves burlonas.—Halcones que se alimentan de carnaza.—Tubos formados por el rayo.—Casa fulminada.....	66
CAP. IV.—El río Negro.—Estancias atacadas por los indios.—Lagos salados.—Flamencos.—Del río Negro al río Colorado.—Arbol sagrado.—Liebre de la Patagonia.—Familias indias.—El general Rosas.—Excursión á Bahía Blanca.—Méganos de arena.—Teniente Negro.	